

Versaciones de un chupaplumas

Puede llamarme Sonia



— ¿“Puede llamarme Sonia”?

— Sí.

— ¿dijo que la podías llamar Sonia?

Y se pone de pie, y camina hasta el ventanal y se queda, un rato, allí mirando los coches y las gentes y los escaparates del otro lado de la calle



donde, recuerdo, novias de cartón piedra exhiben trajes blancos, sonrientes, inmaculados e impolutos contemplando, a salvo de *las primeras gotas de una lluvia gruesa, cómo las formas*

de las nubes se van modificando, inmóvil, despacito, indiferentes, para dejar de ser el mapa de algún país en el que nunc...

— Eso es exactamente lo que dijo.

— ¿Estás seguro?

— ¡Y tanto que lo estoy!

— ¡Qué desfachatez!

— Y que por qué no... Además —. Le digo, porque quiero ser muy veraz, muy estricto, ponerlo al corriente de los hechos puntualmente y tal, paso por paso, como van sucediendo.

— ¿Y que qué bobada?

— Exacto: tú lo has dicho.

— ¡Lo has dicho tú!

...ca estuvo y convertirse en un dragón rugiente amenazando, con su lengua de fuego¹, con obedecer no a ningún impulso o necesidad o convicción propia pero sí a algo monstruoso e irracional que embargaba su alma y, sacudiendo la cabeza, resolver moverse — pues ya he dicho que permanecía de pie, de espaldas, mirando inmóvil hacia la ventana —, no con mucha resolución pero sí la suficiente para abalanzarse sobre mí de improviso y, propinándome puñetazos y patadas, increparme y proferir nuevos insultos que, sólo por preservar lo que quién sabía para quién en medio de tanta confusión era tal vez un estilo que convenía cuidar prescindiendo de reiteraciones innecesarias — dijo, con enorme sequedad — me invitaba a omitir aunque, lo sabía... “¡porque te conozco, pedazo de cabrón!”, yo iba a hacer lo que me diese la gana.

¹ Me llegó a llamar “Hijo de puta”.

Versaciones de un chupaplumas

Puede llamarme Sonia

– ¿Yo?

Y él que pues que claro y que quién si no.

Y que qué lástima de no tener más amigos que yo en los que haber podido depositar su confianza, y sus ilusiones, y sus esperanzas de hacer llegar a alguien a ser el escritor nuevo, distinto y diferente, que él no supo ser...

– ¿Y quieres saber por qué? — inquiera, endureciendo la mirada y agarrándome por las solapas² de manera que, los pocos clientes que no abarrotan el local³, aunque nos dediquen alguna mirada ocasional ni se inmutan habituados, en estos tiempos en que todos pasamos ya de todo, a las escenas violentas...

– Sé muy bien por qué — respondo, obligándolo de un tirón a saltarme; y, sentándome de nuevo con mucho aplomo, le espeto a bocajarro —: ¡Porque eres un cobarde!

– Y tú — él a quemarropa — un chupatintas de mierda.

– ¿Yo un chupatint...

– Tú, sí; tú, tú, tú.

Y que eso es lo que me pierde.

Y que tengo un sentimiento muy fílmico de la vida; y que la vida es otra cosa y que yo tengo la mente muy deformada de ver tanto cine, por las tardes, matando las horas de cualquier manera porque soy un ser sin inquietudes ni ambición de superación ninguna que no sabe utilizar su tiempo libre...

(Continuará)⁴

² Un poco al estilo Humphrey Bogart, se me ocurre, pero ya veré.

³ Me gustaría decir que había muchos, sentados a las mesas, en mangas de camisa y con sombreros echados hacia atrás o un poco ladeados, jugando al póker y bebiendo whisky. Pero, no; el establecimiento está casi vacío, sin más concurrencia que tres señoras de edad enojadas, pintadas y teñidas que juegan al continental, que no es lo mismo...

⁴ Dijo, de repente, en tono tan cordial y amigable que **pensé que estaba contento**, satisfecho del rumbo que al cabo de tantos intentos fallidos empezaban a tomar los acontecimientos.